

EL PERICO Y LA RABIA



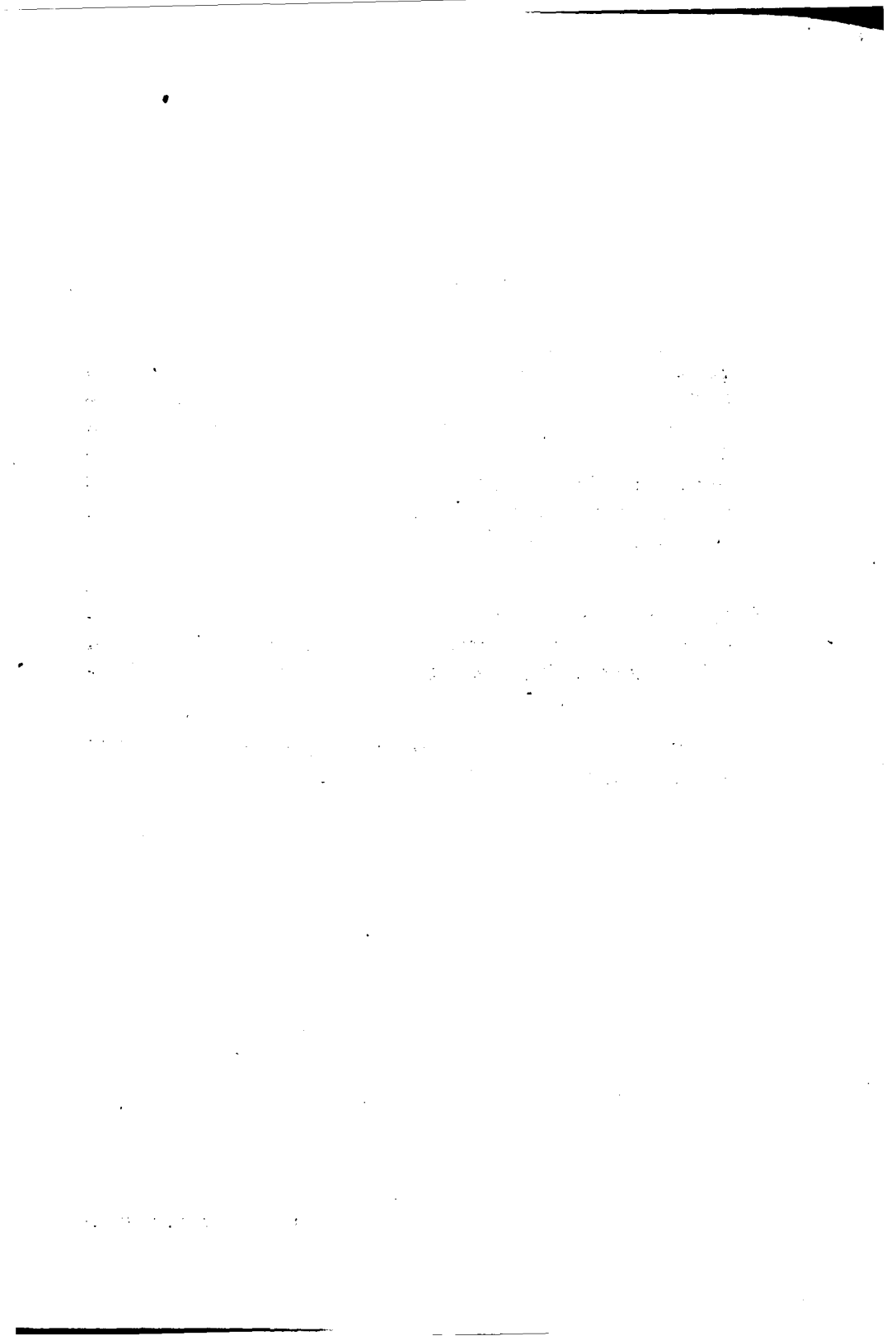
N O T A

Como resultado de las constantes investigaciones llevadas a efecto por el personal de la Sección de Historia de este Instituto en archivos existentes en bodegas y que carecen de clasificación o arreglo, se ha encontrado una serie de documentos literarios que no acusan nombre de autor, o fecha alguna. Son éstos, probablemente, borradores de obras teatrales que tal vez se representaron íntegramente, o con modificaciones sustanciales.

El documento que en seguida se copia es el "diálogo entre un médico y un consultor" que, según las características del manuscrito corresponde a finales del siglo XVIII o principios del XIX y que bien pudiera ser atribuido al Pensador Mexicano.

Su carácter satírico es notorio, y sin duda parecerá al lector un tanto agradable y divertido.

R. G.



**Diálogo entre un Médico y
un Consultor.**

Consultor.—Señor mío: Algunos que le hacen a usted merced dicen que sabe mucho de esto de rabia, y yo estoy rabiando por saber qué hay de esto porque me pasa lo que contaré ahora. Tengo un perico en mi casa que ha aprendido a decir estas palabras: Yo lo digo, yo lo digo. Visitábame el otro día un amigo, y lamentándose de que ya en nuestra tierra hubiese este mal de rabia, yo le dije.—Señor mío, consuélense usted, que aunque algunos dicen que hay rabia, no falta quien diga que no la hay, azoróse, y casi enojado me dijo ¿quién tal dice? Y entonces como si se lo hubieran preguntado al perico, respondió con su acostumbrada bachillería. Yo lo digo, yo lo digo. Alzó el huésped la cabeza a ver quién era, y como vió que era el perico quien hablaba, rióse. Aquí entra mi consulta: ¿Y debo reírme de la opinión de mi perico como se rió el otro, o debo seguirla? Señor mío: Yo me río de su consulta de usted, porque ¿quién hace caso de lo que dice un perico? Señor mío: Hay pericos de pericos, y el mío no es como los que usted habrá visto porque es un perico muy hábil, tiene mil gracias y sabe más de lo que ha menester; porque sabe leer, escribir y contar.

Médico.—¿Y todo eso lo hace con el pico?

Consultor.—Sí señor.

Médico.—Buen Perico. Pues señor mío, merece ese perico de usted que lo quieran y lo estimen mucho por sus

buenas habilidades, y así en honra suya y en nombre mío, llévele usted estos versos:

Este loro elocuente,
Es por el pico pájaro eminente;
Y si de los pericos
El valor se regula por los picos,
¿Cuánto valdrá este loro?
Vale lo que habla: Pues valdrá un tesoro.

Médico.—Y dígame usted, pues ese su perico de usted sabe también música?

Consultor.—Sí, señor mío, sabe los puntos de la mano en la aria, y así ninguno hay como él tan entonado; su punto no es bajar sino subir, y así al Sol se va como un águila.

Médico.—¡Diestro perico! En alabanza de sus compaces puede usted ofrecerle esta sextilla.

Cantorcillo avechucho
este perico fondo en Aguilucho
Hasta el sol entonado
Elevarse presume remontado.
Loro, tal no presumas:
Mira que tienes alas; mas no plumas.

Médico.—Y dígame usted ¿Su perico de usted sabe Astrología?

Consultor.—Y científicamente todos los días anda las estaciones del sol de casa en casa y de signo en signo, en busca de sus estrellas, y es tan prodigiosamente contemplativo de lo sastros, que ya no parece sino que vive en el cielo.

Médico.—¿Y en qué parte del cielo vive?

Consultor.—Vive en los cuartos de la luna.

Médico.—¡Bravo perico! Mejor le estuviera andar las estaciones del Calvario, que las de el Sol, porque es niño y tiene la sangre caliente, y si se asolea mucho le puede dar un tabardillo Y así yo de eso no hago buen juicio; pero tal cual el juicio que hago lo dirán estos versos.

Su estrella desvelado
Busca este loro; mas la busca errado,
Que en esfera inconstante
No se halla estrella firme, sino errante.
Si quisiera dar con ella,
Mude el cielo y hallará su estrella.

Médico.—Y dígame usted ¿sabe también medicina ese perico?..... un Apochatres.

Médico.—Mire usted lo que dice, que Apochatres es..... de el silencio; y ese perico de usted es muy hablador.

Consultor.—Iba a decir que un hipócrita.

Médico.—Tampoco dice usted bien, que eso de hipócrita es bueno para el Mongibelo. ¿Querría usted decir que es un Hipócrates?

Consultor.—Sí eso quise decir.

Médico.—¿Y qué más es?

Consultor.—Es un Galieno.

Médico.—Mire usted lo que dice, que Galieno fué un Monarca, y su perico de usted no tiene de monarca, sino lo mono; y si usted quiere decir que es monar-

ca, yo no me meto en eso; lo que me parece es que usted quiere decir que es un galeno.

Consultor.—Sí, eso quise decir.

Médico.—¿Y qué más es?

Consultor.—Es un Abezena.

Médico.—Si cena ave será médico de sí mismo; porque cenar ave es curarse en salud. Usted debe de querer decir que es Abizena.

Consultor.—Sí, señor, eso quise decir; porque es gran pulista, y no hay quien como él sepa curarse en salud con el grande y con el chico.

Médico.—¡Docto perico! merece la alabanza de estos versos.

Por médico entendido
Se nos vende este loro presumido,
Y presume arrogante
Que Esculapio con él fué un estudiante,
Cuando para Esculapio
Aun no ha pasado el pobre, de escolapio.

Médico.—¿Y dígame usted, ese perico es urbano? ¿No es atento?

Consultor.—Aun consigo mesmo, pues nunca que habla de ja de escucharse.

Médico.—¿Es político?

Consultor.—Mal año para él, a cada paso es una reverencia.

Médico.—Dios me libre del diablo y de su Reverencia.

Consultor.—Asegura a usted que en esto se excede.....
nimio, es tan cortés que pudiera canquistar todas
las Indias.

Médico.—¡Cortés perico! pero ve usted, aunque es cortés
no ha barrenado el navío, y esto es porque no es ver-
dadero cortés, sino de contrabando, ya con la gracia
de Apolo me explico.

Afecta nimiedades
Este loro cortés de voluntades;
Por eso aunque lo vea,
Su caravana vana no la crea
Porque es tan peregrina,
Que es más que caravana, carabina.

Médico.—¿Y dígame usted, tiene dulces palabras?

Consultor.—Alú me llega usted, es una miel todo, cada pa-
labra es un suspiro, cada voz, un confite.

Médico.—Pues según eso, ya no se ha de llamar loro sino
merolico.

Consultor.—En eso está él y por eso a veces se regodea y
se contonea, y dice con mil primores: ¿Melorico,
quén te dió tan dulce pico? Mi Señor Jesucristo; y
esto lo dice con tanta dulzura que a mí se me almi-
bara la lengua y se me confita el corazón.

Médico.—¡Dulce perico! Pues, señor mío, véndaselo usted a
un confitero, que él lo conservará por lograr a costa
de sus mieles sus cajitas, cubiertos y demás cachi-
vaches de confituría; y en nombre de la dulcísima
Urania lleve usted estos almibaradísimos versos.

Este loro parlero
Poco o nada ingenioso, sí ingeniero,

Tiene en cara sus mieles,
Voces por cañas, en que encubrir mieles;
Y de su ingenio rico
Tiene sus tachas en la pluma y pico.

Médico.—¿Y dígame usted, ese perico vuela mucho?

Consultor.—Como los indios..... para abajo.

Médico.—Se esponja, se enhueca, se encrespa mucho?....
.....Pabón.

Médico.—¿Se mira a los pies

Consultor.—No por cierto.

Médico.—Ese es el tra..... se mirara, él deshiciera la
hermosa rueda de su temporal fortuna.....ne ai-
re en su pluma?

Consultor.—No hace otra cosa su pluma que hacer aire, pa-
rece un abanico.

Médico.—¡Pobre perico! Señor mío, su perico de usted se
ha embarcado en el mar de la fortuna, pues entrie-
ga a los vientos sus esperanzas. Al aire de su pluma
van estos versos aunque vayan al aire.

Su pluma aqueste loro
Al aire entrega sin tener desdoro,
Y vano cuanto leve
Respira al aire, que sediento bebe,
Y a fuerza de tormentos
Los vientos bebe, por beber los vientos.

Médico.—¿Dígame usted, de qué color es ese perico?

Consultor.—Verde.

Médico.—De ese color son sus casaca.

Consultor.—Yo ha muchos años que lo conozco, y no pasa día por él, cada día está más mozo.

Médico.—Eso es decir que se ha quedado muchacho.

Conlutor.—A mí me lo parece; pero lo que me maravilla es, que no siendo águila sea rapaz.

Médico.—Niño es perico, señor mío; a mí me da gran lástima que los hombres que tienen barbas en la cara no las tengan en el cerebro, como le sucede a su periquillo de usted; pero esa su rapacería tiene muchas uñas. Así le echo estos versos al vuelo, no para que los aprecie, sino para que los aprese.

Este perico vano
Niño en sus cosas y en su edad anciano,
Cuyos años crecidos
De que no se avérgüence están corridos:
Pues no se ha madurado,
O está fuera de sí, o está pasmado.

Médico.—¿Y dígame usted, ese su perico es amigo de estar en la jaula?

Consultor.—No, señor mío, de la jaula no gusta.

Médico.—¿Pues de qué gusta?

Consultor.—De el palito..... causa.

Consultor.—Porque allí tiene sus sopitas de chocodate, tiene su..... ita, sus regalitos; allí lo miran todos, y lo atienden, y en fin, porque en el palito está elevado.

Médico.—¡Santo perico! pero después de todo eso, señor mío, más bien pareciera el palo sobre el perico, que

el perico sobre el palo. Yo me explicaré con licencia de Urania, en estos versos.

El palo, y no la jaula
Apetece este loro, y esto es maula,
Porque en su mano rara
El palo se convierte en cetro y vara,
Y alega sin malicia
Que le viene la vara de justicia.

Médico.—¿Y dígame usted, qué otras gracias tiene ese su perico?

Consultor.—Tiene muchas, porque es gran panarra; todo es dichitos, equivoquitos, palabritas; se precia de bonito, se hace chiquito, se contonea, se mira y muestra los dientes a todos.

Médico.—¡Lindo perico! Señor mío, esas habilidades de ese su periquito lo hacen muy apreciable, y por lo menos para un estrado de niñas no puede ser mejor alhaja, porque allí habrá gran competencia de chiqueos y de melindres y si no me he explicado bien en prosa, entiéndame usted en verso.

Merece aqueste loro
Tener una jaulita, aunque sea de oro;
Llenarlo de cintitas
Y despacharlo a que haga sus visitas;
Y luego como una higa
Ponerlo a hacer bainicas en la miga.

Consultor.—Y señor mío ¿con ese dígame usted ha aprendido en Corella? Me ha embarazado usted mi pregunta, ya yo he respondido a lo que usted me ha preguntado; respóndame usted a lo que le pregunto. Sí, señor mío, he preguntado las calidades de su periquito de usted, porque las opiniones dicen res-

pecto a los autores y si su periquito de usted hubiera sabido esta filosofía..... no se hubiera opuesto al sentir de los gravísimos Archiatros, aroquienes debemos dar fe en esta materia; pero sabe poco de esta..... criado en... donde con la doctrina y ejemplo pudiera saberla..... pero no ha medrado nada en este punto, porque desde chiquito se pasea mucho en el jardín de los asnos, y así discurre que puede ser norma y regla para todos, porque se presume maestro adornado de toda la enciclopedia, y por esta razón apto para enseñar maestros, doctores y catedráticos. Conténtase el pobrete con su media ración, que hasta merced le hacemos en creer lo que no vemos, que bien sabe la distinción que hay de una sarta de flores a un hilo de consecuencias. Pero en fin, dejando esto digo, señor mío, que usted sería de la opinión de su periquito, porque es tan cierto que hay rabia en la Nueva España, como es cierto que hay pescados en la laguna de Chalco. Y esta rabia es general porque todos rabiamos; rabia el mayor por ser máximo; el mínimo rabia por ser menor; el menor rabia por ser mayor; rabia el mercader por tener que vender; rabia el oficial por tener que hacer; rabia el paseador por pasearse; rabia el hablador por hablar et sic de esteris.

Consultor.—Yo no pregunto de esa rabia sino de la otra rabia

Médico.—Señor mío; también yo hablo de la otra, porque la otra también es cierta.

Consultor.—Eso duda mi periquito, porque dice que la Nueva España tiene privilegio para no padecer ese achaque Señor mío, si me muestra el privilegio auténtico que diga *perpehus futuris temporis*, yo lo creeré; pero no lo ha de mostrar porque no lo hay, aun-

que yo creo que él lo habrá leído y tendrá guardado en los disparatadísimos archivos de su fantasía, donde tiene otros dos mil privilegios de nuestra tierra impresos en sus cascos y corrientes, sólo en su vana imaginación, que pica en otra cosa que se acaba en on.

Consultor.—Señor mío: Confirma esto con decir que este achaque no se ha visto en este reino.

Médico.—¡Gentil argumento! Tampoco se habían visto sombreros de tres picos, chamberlines, peluquines, chahuistle y otras dos mil cosas que cada día se ven de nuevo, y así ese principio de no se ha visto, no vale; porque todas las cosas quieren principio.

Consultor.—Dice que eso no se compadece con las grandes felicidades de nuestra tierra.

Médico.—Muy pegado parece que tiene su periquito de usted el corazón a las felicidades de la tierra, pues tanto insiste en ellas y las defiende; y hecho árbitro entre las fortunas de los perros, ha condenado a los perros de España para que siempre la padezcan, y ha privilegiado a los perros de las Indias, para que nunca la sientan.—Dígame usted, ¿qué escritura les ha hecho a los perros de España el can para nunca apartarse de su visita? Ya veo que les debe estar muy agradecido, pues todos se mueren por él; pero como de la vuelta a las Indias lo mismo harán los de acá. ¿Quién le ha quitado a este can, que por el tiempo de las vacaciones venga a pasearse a la Nueva España? ¿Qué ley real se lo ha prohibido? ¿Qué costo le ha de tener el viaje? ¿Qué pirata le ha de salir al camino?

Consultor.—Yo hallo un grande embarazo.

Médico.—¿Y cuál es?

Consultor.—Un mar tan grande como hay desde Cádiz a la Veracruz.

Médico.—Señor mío, se hará perro de agua y ve ahí usted quitado el embarazo.

Consultor.—Con eso convence usted a que hay rabia en los perros; pero los hombres ¿por qué han de tener rabia?

Médico.—Porque los muerden los perros. Y su perico de usted tiene algún privilegio, entre los muchos que tiene nuestra tierra, el cual sea para que los perros con rabia no muerdan, o que los mordidos, no rabien. Que busque un perro rabioso, y le ofrezca un sancajo, y si no lo mordiere o no rabiare, entonces lo cree- ré.

Consultor.—Eso convence que los hombres mordidos de pe- ros tienen rabia; pero no prueba que tengan rabia los que no son mordidos de perros.

Médico.—También padecen rabia los hombres, sin que los perros los muerdan y tengo para esto una prueba es- tupenda que es esta: El Rey que rabió es hombre que tuvo rabia; a el rey que rabió no le mordió pe- rro alguno; luego, puede un hombre padecer rabia sin ser mordido de perro. La mayor es cierta y no se puede negar sin nota determinada. La menor es rey no se ha- bía de poner donde le mordieran los perros..... que los perros son muy leales y no había de morder a su rey..... esos habrán sido cuatro pobres y por eso han llenado el mundo... borotos.

Médico.—Señor mío: La proposición que se dijo de que ha- bía rabia, iba tan modificada por el Protomedicato,

que con mucho menos de lo que ha habido estaba verificada; pero su periquito de usted es picudo, rabido y antihidrofóbico y para creer que hay rabia en nuestra tierra, espera que rabien todos y aun no lo ha de creer, hasta que vea por sus ojos que rabia la alberca y el cerrito de Chapultepec, y si da dos pasos más ha de dar con su cuerpo en San Hipólito; que está cerca.

Consultor.—Señor mío: Ud. parece que hace burla de mi periquito, porque todo cuanto ha dicho es una pura bufonería y ridiculidad.

Médico.—Señor mío: Yo no hago burla del periquito, sino de su opinión, de su vanidad y locura, porque se mete a hablar en lo que no entiende ni le toca; y si todo lo que aquí he dicho en ridiculidad y bufonería, es porque no merece otra cosa su opinión; porque una opinión ridícula no debe impugnarse sino con argumentos ridículos.

Consultor.—Señor mío: Usted dijo que las opiniones se tratan con respeto a los sujetos y usted se lo pierde aquí a mi periquito diciendo que su opinión es ridícula y él ridículo.

Médico.—Usted replica bien, y por esto y por lo demás que usted pudiere reparar en la materia respondo con la cantina de la Jilaha a la letra:

Hijo perico
Tú te desbocas
Y yo me despico;
Y no es mucho mi hijo,
Que quien busca la boca
Encuentra el pico.

.....concluído mi negocio usted se quede con Dios.

Médico.—Vaya usted enhorabuena y quiéralo mucho a su periquito, régálole mucho, póngalo bonito y adornado con sus hijitas que juegue a las muñecas; y si usted hallare quién se lo cambalache con un saltaparedes de lo que no quedará engañado; y caso que esto no pueda ser, pórtese usted con él con cautela, para lo cual le contaré a usted un cuento de un perico, si fuere verdad harina y pan, y si fuere mentira pan y harina: Dicen que el Santo Pontífice Pío tenía un perico de que gustaba mucho; debía de ser tan grande hablador como el de usted, que en los pericos es gracia hablar como los hombres, aunque en los hombres es desgracia hablar como pericos. Preguntóle una tarde en qué pensaba y respondió con él cogitaban diez antiguos; y como la escritura es facultad en que no le toca hablar al perico, porque otra vez no se metiese a hablar en lo que no le tocaba, le torció el pescuezo. A ese periquito de usted no le toca hablar en medicina; si otra vez volviere a hablar en ella, no le aconsejaré a usted que le tuerza el pescuezo, que eso sería andar cruel; pero le aconsejaré a usted que se porte con él como Pío. Y ahora dígame usted de mi parte que siento mucho que habiéndose criado en una selva de tan fecundas aves, donde el fénix, por ganar más crédito perdió su singularidad, repitiendo su especie en cada individuo de los que honran y hermocean aquel ameno sitio; él por narciso se haga perico, de todas maneras perico por dentro, por fuera, perico en todas partes; bueno sólo para que los muchachos jueguen con él a piñita y a piñón y a perico saltador, y que perdone la cortedad del agasajo que no es más que una leve muestra de cariño.

Soneto en alabanza al perico.

Esta ave, que con vuelo denodado
Surca los vientos, águila es valiente.

Pasma en lo aguda fénix elocuente;
Cisne eleva en lo dulce y concertado.

Rara ave, le contemplo, en quien copiado
Ha la naturaleza sabiamente,
De todas lo mejor y lo eminente,
En lo agudo, lo dulce y lo elevado.
Pero ¿qué es lo que digo? Musa late,
Si no es más que perico ¿yo le aplico
Aves tan nobles? ¡Dije un disparate!

No, que en su vanidad, concepto y pico,
Fénix, águila, y cisne es el orate,
Aunque en la realidad sólo es perico.